

Optar por la Madre

Pedro Trigo

CORRIMIENTOS ENTRE LO BIOLÓGICO, LA AUTOIDENTIDAD Y LO CULTURAL

José Martí hablaba de nuestra América para desenmascarar el panamericanismo que hoy por hoy no es sino la ideología del monoísmo: A. L. como patio trasero, como zona de influencia de EE.UU. Caracterizamos a la Patria Grande como América mestiza. Así pues el término A.L. pasaría a ser meramente un nombre propio, un término demostrativo o designativo, privado de valor conceptual definitorio. Nuestra América no sería Latina ni Ibérica, como tampoco Indígena o Negra: sería Mestiza. Ahora bien es claro que en la actual A.L. sí existe una América Latina como existe otra Indígena y otra Negra y otra Mestiza. ¿Por qué privilegiar esta última?

A nivel biológico en A.L. viven indoeuropeos, negros traídos del África, gente de ascendencia europea y mezclas variadas de estos tres troncos; estos últimos constituyen claramente el grupo mayoritario. A nivel de autoidentidad existen las mismas variedades, pero de ningún modo coinciden con las biológicas: hay bastantes mulatos y mestizos que son considerados y en gran parte por eso se consideran a sí mismos como negros o indígenas; y sobre todo muchos mestizos se consideran a sí mismos y luchan porque se les considere como blancos. Es decir que a nivel de identidad el grupo biológicamente mestizo se disminuye bastante. Más aún, a este nivel de la autoidentidad se da el caso de grupos numerosos con gran conciencia de sí, poseedores de una fuerte iniciativa histórica y que sin embargo (o más bien por eso mismo) no se definen por una identidad sino por la negación de la identidad de origen y por el proyecto de construir otra que todavía no tiene nombre. Son por ejemplo los cholos, término con el que el grupo es designado desde fuera o con el que un miembro puede referirse a otro, pero raramente a sí mismo.

A nivel cultural existen culturas indígenas y negras mestizadas, y existe obviamente la cultura occidental dominante, mestizada también. Pero ¿existen culturas mestizas? Antes de responder a esta pregunta, digamos que refiriéndonos a las culturas indígenas, negras y blancas mestizadas tampoco este nivel cultural coincide con los anteriores: No pocos biológicamente negros o mulatos, indígenas o mestizos a nivel biológico, pero que son tenidos y se tienen a sí mismos como negros o indígenas, viven en la cultura occidental mestizada y bastantes son caracterizados por este rasgo identificador: la Negra Matea, el Indio Rangel, el Negro Primero, el Indio Figueredo.

CULTURA MESTIZADA Y USO IDEOLÓGICO DE MESTIZAJE

Antes de enfrentarnos al problema de si en A.L. existen culturas mestizas, tratemos de precisar el concepto de cultura mestizada. Es la que se define por una filiación que la identifica, es decir por una continuidad histórica que la dota de cohesión y sentido y que en el decurso histórico ha incorporado elementos de otras culturas, precisamente para resistir, robustecerse y enriquecerse. Así muchas culturas indígenas no sólo tomaron de la occidental elementos técnicos sino también otros mucho más estructurales y complejos como la religión católica reinterpretada desde su núcleo ético-mítico, pero que a su vez lo modifica. Así la cultura occidental dominante tomó no sólo multitud de elementos del mundo indígena, empezando por los alimentos, sino también actitudes y expresiones tanto indígenas como negras. Pero aunque ambas reconocen su dimensión mestizada, se definen estructuralmente como culturas indígenas, negras y occidental respectivamente.

Sin embargo en algunos países latinoamericanos, entre los que se cuenta señaladamente el nuestro, representantes de las

instituciones vigentes tienden a designar al país como mestizo biológicamente ("aquí todos somos café-con-leche"), a sí mismos como mestizos y a la cultura nacional como mestiza. Creemos que la mayoría de estos personeros hablan así sabiendo que ellos son (o quisieran haber sido) más leche que café, teniéndose por occidentales de pura cepa u occidentalizados (blancos o blanqueados) y viviendo estructuralmente en una provincia un tanto periférica de la cultura occidental, con algo de color local, es decir más o menos mestizada, pero estructuralmente occidental.

La confesión de mestizaje puede buscar el efecto de globalizar vagamente, de modo que todos quepamos en el mismo conjunto, más o menos indiferenciado, en el que las diferencias se diluirían en una gradiente de gamas sin solución de continuidad. De este modo, al definirse tan laxamente, todos cabrían en esta patria que sería la casa de todos. Con tal, claro está, que acepten la institucionalización y los parámetros vigentes, que a nivel estructural están muy precisamente encaminados hacia la occidentalización integral, en el supuesto de que la cultura occidental es la adveniente cultura planetaria. Así pues hay una declaración de mestizaje que por una parte descalifica a las oposiciones antagónicas que existen en nuestras sociedades y por otra define como contenido del mestizaje la occidentalización con colorido local, es decir la cultura occidental mestizada.

BASES Y SUJETO DE LA CULTURA MESTIZA EN A.L.

Ese no es el concepto que tenemos en mente cuando hablamos aquí de América Mestiza (A.M.). Para nosotros A.M. es un proyecto con bases históricas y con un sujeto precisamente caracterizado. Un proyecto que se autoentiende como mediador de proyectos legítimos de América Indígena, Negra y Occidental. No un proyecto homogeneizador sino que conjuga a A.L. en plural; pero mantiene a las culturas en diálogo, referencia mutua, encuentro e incluso apertura a las nuevas realidades que de él pueden originarse. Así pues entendemos que A.M. es una dimensión cultural. Si la calificamos de proyecto estamos afirmando que no existe. Pero no tenemos que inventarla de la nada porque sí existen bases con hondo espesor histórico y el sujeto que la está dando a luz.

Estas bases serían en primer lugar la existencia cada vez más generalizada de mestizaje biológico y después multitud de elementos culturales mestizos que buscan constituirse como un conjunto trabado,

como un mundo. En la metáfora de Mendell de los elementos dominantes y los recesivos, la realidad nueva se resuelve en sus elementos, es pues mezcla no combinación, no surgimiento de auténtica novedad. Serían lo que designábamos como culturas indígenas, negras o blancas mestizadas. Una cultura mestiza es en cambio aquella que no es resoluble en sus elementos y que lo que aparece como denso en ella es la novedad, aunque obviamente puedan rastrearse filiaciones.

En A.L. el sujeto de la A.M. es el pueblo. Naturalmente que a esa matriz pueden allegarse otros elementos (y pensamos que son incluso indispensables para que triunfe el proyecto); pero el pueblo es el lugar y el gestor de esta cultura en ciernes. Esta cultura no existe porque no existe el pueblo como ser-para-sí, porque aún está cooptado por otros conjuntos culturales y más o menos hegemonizado por otros grupos sociales.

Sin embargo el nosotros que forma A.L. enseguida se descompone en nosotros y esta brecha es cada día más inocultable e insuperable. Aunque no se trata de una oposición simétrica ni de una exclusión mutua. El nos que extraña y enajena a los otros no son los de abajo, son los de arriba. Los de abajo aspiran más bien a un reconocimiento y ayuda mutua. Pero es



cierto que esa propuesta es inviable en el orden establecido, exigiría transformarlo muy profundamente. Por eso se condena y reprime como una propuesta subversiva. Se demoniza porque divide (ese es el significado textual de dia-bólico). Cuando lo que sucede es que pone al descubierto la división latente que la cultura dominante encubre con su pretensión unimismadora (una bandera, una cédula, todos café-con-leche, igualdad de oportunidades, común sustrato católico, adecos y copeyanos...) y esta división latente, después de tres siglos de Colonia y casi dos de Independencia, sigue siendo la de vencedores y vencidos. La que instauraron los ibéricos vencedores sobre los amerindios vencidos y los negros esclavos, y la que en una evolución sin ruptura mantienen hoy los blancos o blanqueados sobre la gente de color.

Hasta que no dejemos atrás esta polarización, hasta que no superemos este horizonte internamente escindido no será posible el establecimiento de una cultura mestiza. Aunque esta cultura nacerá precisamente en este esfuerzo de superación, que no busca invertir los términos en una revancha sangrienta sino instaurar otro horizonte. Pero para lograrlo hay que comenzar reconociendo la situación, haciéndose cargo de esta brecha ignominiosa y cargando con ella para quitarla del medio. Silenciarla para usufructuarla irresponsablemente o enquistarse en ella rencorosamente sólo conduce a enconarla y hacer imposible el proceso superador. Por eso la propuesta de la A.M. es una propuesta constructiva, recreadora; aunque no irenista ni encubridora, porque lo que no se asume (en este caso la contradicción) no se salva. ¿Y cómo asumir esta situación en la que unos, como vencedores, diseñan y comandan instituciones y políticas y detentan todos los derechos, y otros como vencidos, viven en la desprotección y son obligados compulsivamente a trabajar en proyectos ajenos y para provecho ajeno y cargan con el peso de la marcha cotidiana y el peso abrumador de las crisis?

Para nosotros asumir nuestra situación superadoramente es optar por la Madre. Sólo así dejaremos atrás el horizonte de vencedores y vencidos. De esta opción nacerá la A.M. Vamos a tratar de explicarlos.

PREGUNTA POR LA IDENTIDAD Y MESTIZAJE

En primer lugar queremos apuntar que si hay una pregunta por el ser humano latinoamericano es porque (se confiese o se

niegue) hay un mestizaje. Si A.L. se resuelve en sus elementos (América Indígena, América Negra, América Occidental) la pregunta por el ser humano latinoamericano ya está desvelada. Se podrá preguntar por la factibilidad de estos diversos tipos humanos (si están en vías de extinción o de estancamiento o de expansión) y por las condiciones que harían posible y mutuamente fecunda su coexistencia; pero ya se sabría quiénes son. Pregunta el Nuevo Indio, el Negro antillano o el Blanco culturalmente mestizado, por lo que tienen de nuevo, caribeño o mestizado. Pregunta sobre todo quién es, el que no puede definirse ya ni como negro ni como indígena ni como blanco. Y sabe que ninguna investigación erudita le dará la clave de esa respuesta. Porque la pregunta que es él sólo se desvelará dando de sí, viviendo, haciendo historia. Es en esa marcha hacia adelante donde volverá también la memoria, porque el pasado sólo será reconocido cuando se le haga justicia en la acción transformadora.

La pregunta del ser humano latinoamericano no es una pregunta adámica. El primer ser humano no encuentra entre los seres naturales ningún semejante para medirse comparándose con él. Se ve solo y se pregunta quién es porque es el primero de la serie. El desasosiego que causa en A.L. esta pregunta proviene de que no se trata de un brotar auroral, genesíaco, sino de la dificultad de definirse en el seno de una historia contradictoria. La contradicción no sólo es externa sino interna. Por eso identificar sus términos, aceptarla como punto de partida, cargar con ella resulta terriblemente doloroso y peligroso. No se hace justicia a la realidad que es cada quien si se extroyecta alguno de los términos de la contradicción por no poder soportar su presencia objetivamente contradictoria. Pero tampoco si la contradicción se estabiliza degradándose como dualidad interna, como escisión. Entonces el drama personalizador de vivir para resolver históricamente la contradicción es sustituido por el drama de personajes, por la identificación alternativa de roles contrapuestos y por la fuga a un papel cuando el otro resulta insoportable. Si no se asume la contradicción real vivida como el drama de hacerse cargo de la realidad y cargar con ella para transformarla, la vida se degrada a una mascarada y a una existencia fantasmal; es decir a la vida impuesta de jugar a papeles con los que uno se identifica a sabiendas de que la identidad no hace justicia a la realidad, y al diálogo con fantasmas que obseden al yo y le dictan apreciaciones, afecciones y conductas, y así el yo sucumbe preso de fantasmas ancestrales irreconciliados.

**EL PADRE Y LA MADRE:
CONTRADICCION**

La formulación paradigmática de la contradicción latinoamericana contiene estos dos términos: el Padre europeo y la Madre indígena o negra. Estamos hablando obviamente de paradigmas culturales no de acontecimientos biográficos, por eso su validez se extiende también no sólo a mestizos de madre europea y padre indígena o negro sino también a otros cuyos progenitores sean sólo europeos, negros o indígenas. Este paradigma cultural coexiste ciertamente con otros, pero expresa a nuestro modo de ver la contradicción principal.

Hay que comenzar asentando que el Padre es el Señor y la Madre la Sierva o la Esclava. Esta es la realidad, que al recibir sanción jurídica institucional, se visibiliza públicamente, cobra permanencia y prevalece por lo regular sobre cualquier otra relación. Es pues una relación asimétrica e injusta en la que se combinan para reforzarse la variable racial y la sexual. Pero si queremos hacer justicia a la realidad, esta contradicción no puede ser descrita de un modo unilateral y simplista como mera violación e imposición señorial. El Padre viola y humilla a la Madre, pero también se siente fascinado por ella, preso de su fascinación y por eso humillado, y más aún no raramente el Padre desea a la Madre y aun la ama. Pero, como el Padre es el Señor y la Madre la Sierva o la Esclava, el Padre desconoce públicamente a quien desea clandestinamente y se casa con la Señora europea para mantener la estirpe, aunque o no la ame o no la desee o por lo menos no pueda restringirse a ella por causa de la fascinación de la Otra. Así la contradicción se da entre el desconocimiento público, tanto subjetivo (no es mi esposa, no son mis hijos) como estructural (yo soy el señor y ellos son siervos), y el reconocimiento privado, tanto subjetivo (saben que les quiero y lo demuestro patéticamente) como estructural (les otorgo un estatuto intermedio, siempre que acepten que no pueden sobrepasar sus límites). Esta contradicción llega a su exasperación cuando se invisibiliza, sin desaparecer, alguno de sus términos: el Padre abandona completamente a la Madre o el Padre se echó a perder por esa Mujer, es decir fue humanamente anulado o por lo menos no pudo sostenerse en su clase dominante o la abandonó suicidamente.

**DILEMA: OPTAR POR EL PADRE
U OPTAR POR LA MADRE**

La respuesta a esta contradicción histó-

rica puede ir en dos direcciones: apostar por el Padre o apostar por la Madre. Nuestro juicio sobre ambas posibilidades es el siguiente: **si se apuesta por el Padre se asume lo peor del Padre y lo peor de la Madre; si se apuesta por la Madre se asume lo mejor del Padre y lo mejor de la Madre.** No se puede apostar por los dos o por ninguno; esas alternativas no son históricamente viables porque a nivel estructural no sólo existe la brecha entre los Padres (vencedores, señores, opresores) y las Madres (vencidas, sometidas, oprimidas) sino que esta brecha es creciente. Hay pues que optar por uno de los dos; si no se opta, se opta por el Padre ya que, como el orden está establecido en función del Padre, dejarse llevar es seguir su lógica y mantenerse en su dinámica.

Optar por el Padre es asumir su clase social opresora y las actitudes subjetivas que perpetúan esa opresión y la naturalizan introyectándola, es asumir la altanería y el machismo, la pretendida superioridad y la irresponsabilidad del dominio inveterado, que sin embargo para perpetuarse tiene que proyectarse en actos. Optar por el Padre es asumir también la obscuridad de la Madre, su servilismo, la abdicación de su dignidad, la entrega incondicional como necesidad; y por otra parte el oscuro desquite de degradar al Padre. El resultado estructural es el del intermedio, que es aceptado por los de arriba en cuanto contribuye a oprimir a los de abajo y a mantenerlos con la cabeza agachada. El resultado subjetivo es el servilismo con los de arriba y el desprecio con los de abajo; y en definitiva existir como estar-entre, como falta de lugar social reconocido, como existencia patética, que pasa de la jactancia pública al íntimo autodesprecio.

Optar por la Madre es ante todo reconocerla como ser humano digno de respeto, es decir no sólo quererla de corazón sino apreciarla, estimarla, valorarla, relacionarse con ella de un modo horizontal, yendo a su propio mundo, a su propia casa, para echar la suerte con ella, para servirle, no como bienhechor y líder sino como hijo y hermano. Pero es imposible reconocer a la Madre Indígena y Negra, a la Madre Pueblo si se la ha extroyectado de la propia persona, si se trata de invisibilizarla dentro de uno mismo porque uno se avergüenza de llevarla dentro. Por eso hay que comenzar por hacerle justicia dentro de uno mismo llamándola de esos abismos donde la sepultaron viejos mecanismos de represión y hasta supresión. Pero no acudirá si la voz que llama es la del deber-ser; sólo el corazón tiene poder para conjurarla. El corazón, no como mera sensibilidad sino como sede del querer

en toda su gama desde el aprecio a la ternura. Entonces podrá asumirse lo mejor de la Madre: su pertenencia a la vida venciendo a la muerte a que la condenaron; ese conato agónico en procura de la vida digna que de mil modos le es negada; su costumbre de dar vida como don a pesar de vivir en el reino de la mercancía; su capacidad de resistir, de preservarse, de rehacerse; esa memoria del futuro que resurge de cualquier catástrofe y que vivifica las fiestas; la capacidad de asumir lo nuevo y de abrirse a los que vinieron y siguen llegando, si parecen mostrar buena voluntad...

Al reconocer a la Madre en sí y fuera de sí se está en condiciones de reconocer la justicia de su causa y de asumirla como causa propia. Pero para reivindicar a la Madre, para rescatarla de su opresión inveterada, es decir para hacer verdad la solidaridad con ella, esta opción necesita revestirse también de lo mejor del Padre: su valor, su coraje, su conciencia de sí, su tenacidad, la capacidad de desafiar a la muerte para prevalecer, su estudio y disciplina, su afán por descubrir e inventar, tanto en ciencias como en formas de organización humana, su conciencia de la perfectibilidad del ser humano y su apertura a contactos y relaciones... Así pues esta opción por la Madre hace justicia a ambos paradigmas. Libera a la Madre y así redime al Padre.

El resultado estructural de esta opción por la Madre es el mediador, el pontífice, el que, al reconciliar en sí mismo ambos mundos, puede hacer de puente entre ambos. Y dada la situación actual de opresión de la Madre por parte del Padre, la mediación no puede consistir sino en la entrega servicial y solidaria de los tesoros del Padre (la técnica, las instituciones y organizaciones) a la Madre, de manera que la relación pueda ser finalmente simbiótica. El resultado subjetivo es el Mestizo, que, reconociendo alegre su múltiple filiación, expresa agradecido y consciente de sí su novedad.

Cuando el pueblo latinoamericano opte por la Madre que lleva en su seno ("cuando el pobre crea en el pobre" como cantaba Monseñor Romero al acabar sus misas dominicales en esa casa del pueblo que fue su catedral) necesitará asumir lo mejor del Padre para liberarla. Entonces nacerá finalmente la cultura mestiza. Que, como dijimos, se conjugará en plural como plural son las madres (culturas amerindias y negras) y los resultados de los encuentros y fusiones con el Padre. Mientras tanto la van gestando gentes, nacidas o no en el pueblo, que de múltiples maneras van expresando esta opción.